

La exaltación de la divinidad en Mesopotamia: Marduk y Sin, dos posibles instrumentos políticos en Babilonia

The Exaltation of Divinity in Mesopotamia: Marduk and Sin, two Possible Political Instruments in Babylon

CARLOS FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Universidad Autónoma de Madrid

carlos.fernandezr01@estudiante.uam.es

Resumen: La Babilonia de Hammurabi, en el siglo XVIII a.C., se convirtió en capital territorial y religiosa de Mesopotamia a la par que su dios tutelar, Marduk, fue encumbrado como jefe del panteón babilonio. Casi trece siglos después, Nabónido, un usurpador del trono de Babilonia, quiso entregar la supremacía que hasta entonces ostentaba Marduk al dios lunar Sin, una decisión que le valió la enemistad con el clero de Marduk y, en definitiva, le costó el exilio, el trono de Babilonia e, incluso, la vida.

Palabras clave: Hammurabi, Marduk, Nabónido, Sin, Babilonia.

Abstract: The Babylon of Hammurabi in the 17th century BC became a territorial and a religious capital of Mesopotamia, as to its tutelary god, Marduk, who became the commander of the Babylonian pantheon. Almost thirteen centuries after, Nabonidus, an usurper of the Babylonian throne, wanted to give the godly supremacy that held Marduk to the lunar god Sin. This decision caused him a confrontation with Marduk's priests, and eventually, his exile, the Babylonian throne and, even, his own life.

Keywords: Hammurabi, Marduk, Nabonidus, Sin, Babylon.

Recibido: 30 de octubre de 2016; Aceptado: 3 de febrero de 2017; Publicado: 30 de marzo de 2017.

Revista Historia Autónoma, 10 (2017), pp. 13-30.

e-ISSN: 2254-8726; DOI: <https://doi.org/10.15366/rha2017.10.001>.



Introducción

Cada ciudad de Mesopotamia tenía un dios patrón, que la protegía y la tutelaba. Y de esa protección dependía, en gran medida, su prosperidad. De hecho, de acuerdo con la mentalidad mesopotámica, la ciudad era concebida y fundada para ser la morada de una determinada divinidad, representada por el templo o santuario principal, los lugares donde residían las divinidades. El éxito y el futuro de cada ciudad y de cada reino dependían de la armónica relación entre dioses y reyes. Babilonia (en sumerio **ka.dingir.ra**¹, y en acadio *bâb ilim*, significa “la puerta del dios”) es mencionada por primera vez en época del Imperio de Akkad (ca. 2200 a.C.)². Esta ciudad fue tan relevante para el conjunto del mundo mesopotámico, que jamás se perdió su ubicación de la memoria colectiva local. Sus restos comenzaron a estudiarse arqueológicamente a finales del siglo XIX, por el equipo alemán dirigido por Robert Koldewey, aportando interesantísimos datos que, lejos de agotarse, promueven aún más la búsqueda de información.

Algunos de sus reyes han sido los gobernantes más célebres de la historia de Mesopotamia, como Hammurabi, cuyo mítico reinado pasó a los anales de la Historia al ser uno de los más interesantes de la Antigüedad. Nos adentraremos en la Babilonia del momento para intentar desgranar los acontecimientos que facilitaron, desde principios del II milenio, la exaltación de Marduk como principal deidad del panteón mesopotámico. Por otra parte, el último soberano del Imperio neobabilónico, Nabónido, ha sido considerado un rey excéntrico, con intereses en lo que nosotros entendemos como arqueología, así como la colección de objetos e inscripciones antiguas. Para algunos, fue un fanático religioso obsesionado con imponer la supremacía del dios lunar Sin, o un usurpador cuya ineptitud precipitó la caída de Babilonia a manos de Ciro el Grande. Pero otros, sin embargo, abogan por una imagen más equilibrada de este personaje; la de un gobernante que pretendió salvar el declive imparable del reino, en medio de una compleja situación internacional sin precedentes.

En la Antigüedad próximo oriental, los reyes fueron piezas clave en el plano religioso. Y es que el concepto de realeza mesopotámica estaba definido por la estrecha relación del rey con los dioses y la idea de concebir al monarca como el vicario de los dioses en la tierra³, también como mecenas y devoto creyente. El rey tenía una relación especial con una divinidad, por su labor como patrón o patrona de la ciudad que regía, lo que se traducía en ciertos beneficios por

¹Sobre la transcripción de nombres mesopotámicos, comunes y propios, se han adoptado las formas convencionales del campo de la Asiriología. Así, el lector encontrará las palabras sumerias transcritas en negrita (**dingir**); asimismo, los términos provenientes de la lengua acadio aparecen en cursiva (*ilum*), y su fragmentación silábica se realiza mediante guiones. Los antropónimos, teónimos y topónimos, reconocibles todos ellos por su mayúscula inicial, se presentan en la primera ocasión en su versión original (Nabu-na'id) junto con su transcripción corriente castellanizada (Nabónido), siempre que esta exista.

²Charpin, Dominique, *Hammu-rabi de Babylone*, París, Presses Universitaires de France, 2003, p. 43.

³Holland, Glenn Stiefeld, *Gods in the Desert. Religions of the Ancient Near East*, Plymouth, Rowman & Littlefield Publishers, 2009, p. 134.

bendiciones especiales⁴. Como soberano, el rey era también el sumo pontífice, en origen un cargo público que, con el tiempo, se convirtió en un papel simbólico y de prestigio⁵. Es por ello que su protagonismo en la vida religiosa fue indiscutible, al ser considerado interlocutor de la voluntad divina.

1. Marduk en época de Hammurabi

1.1 Hammurabi, rey de los amorreos

El auténtico punto de inflexión para la Historia de Babilonia es la subida al trono de uno de sus reyes más míticos, ‘Ammurāpi (Hammurabi, 1792-1750 a.C.), el primer gran rey de Babilonia, sexto y más relevante de los monarcas de la dinastía de origen amorreo fundada a principios del siglo XIX⁶, en 1894 a.C.⁷, por Sumu-Abum. Hasta entonces, Babilonia no había dejado una huella significativa en la región. Pese a ello, en apenas una centuria esta ciudad pasó a gobernar toda Mesopotamia, si bien brevemente pues, aunque el reinado de Hammurabi marcó una sustancial impronta, la mayoría de sus sucesores no supieron estar a la altura de las circunstancias y la disgregación del reino tardó poco en producirse. Además, por fortuna, este es el momento en el que la información para los historiadores es más abundante y la etapa en la que la ciudad comenzó un importante desarrollo y expansión.

Hammurabi fue el primer unificador de la zona desde los desaparecidos reyes de la Tercera Dinastía de Ur. En ese momento, esta antiquísima región vivió un auténtico periodo de esplendor. En estos años, hacia finales del siglo XIX a.C., la Baja Mesopotamia aún se encontraba disgregada en distintos reinos, como Babilonia, Isin, Larsa o Uruk. A pesar de eso, Babilonia no era en absoluto el reino principal de Mesopotamia. Aunque, según Béatrice André-Salvini⁸, su excelente ubicación con acceso al río Éufrates fue esencial para erigir un gran reino.

Hammurabi ascendió al trono en 1792 a.C., relativamente joven, tras el deceso de su padre, pero hasta treinta años después no comenzó su fugaz expansión por la zona. Al contrario, cuando llega al trono, quizá Babilonia solo destacaba en la zona por ser un reino constreñido

⁴ *Ibidem*, p. 134.

⁵ Bottéro, Jean, *La religión más antigua: Mesopotamia*, Madrid, Trotta, 2001, p. 114.

⁶ Charpin, Dominique, *Hammu-rabi... op. cit.*, p. 43; Oates, Joan, *Babilonia. Auge y declive*, Barcelona, Martínez Roca, 1989, p. 85.

⁷ Oates, Joan, *Babilonia... op. cit.*, p. 85.

⁸ André-Salvini, Béatrice, “Babylon”, en Aruz, Joan et al. (eds.), *Beyond Babylon. Art, trade and diplomacy in the Second Millennium B.C.*, Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 2009, p. 18.

entre la gran Asiria (con el astuto Šamši-Adad) al norte y Larsa (reinando Rim-Sin I) al sur⁹. Estos monarcas habían conseguido borrar del mapa a sus rivales más directos, absorbiendo a algunos y reduciendo a otros a meros vasallos¹⁰. Hammurabi, en esta primera etapa de reinado, solo podía concentrarse en mantener la independencia de su reino frente a los citados vecinos.

Si bien su genio militar no se distinguía del de sus ilustres contemporáneos, reyes de Ešnunna (Ibal-pi-El), Asiria, Mari (Zimri Lim), Qatna (Iši Adad), Elam (Širuk-duh) o Yamḥad (Yarim Lim)¹¹, no dudó en desplegar todas sus fuerzas cuando, por fin, halló el momento idóneo. Solo cuando el anciano Šamši-Adad se hallaba próximo a la muerte, Hammurabi intuyó que el heredero, Išme Dagan, debía enfrentarse a un difícil periodo de inestabilidad interna por la sucesión¹², y por tanto era el momento propicio para debilitar a su adversario, y así, aprovechar también para desalojar de Mari al otro hijo, Iasmad Addu y que Zimri-Lim recuperase el trono, en virtud del pacto acordado entre ambos¹³. En las postrimerías de su reinado, Hammurabi conquistó Larsa (año 31) y Ešnunna (año 32), derrotó a Mari (año 33), ciudad que destruyó en el año 35 a raíz de una rebelión. Como colofón, dirigió expediciones contra Asiria, que continuaba independiente pero bastante aislada, y contra Elam (quizá con motivos defensivos¹⁴), una entidad que no dudaba en intervenir cuando la situación era propicia¹⁵.

Pero, en realidad, Babilonia nunca se encontró sola frente a los principales rivales, sino que su rey supo manejar con gran habilidad la diplomacia para debilitar a sus adversarios sin entrometerse directamente. Fue gracias a Hammurabi, y a su talento político y diplomático, al que se debió la cristalización definitiva de su reino. Su principal mérito en la política exterior consistió, en efecto, en haber aguantado pacientemente hasta que pudo imponerse sobre el resto.

Sin embargo, con esta nueva situación, consiguió un resultado político que marcaría la historia de Mesopotamia durante los dos milenios siguientes¹⁶. En cuanto a la extensión, gran parte de los territorios que se habían visto implicados en la política de movimiento y confrontación quedaron fuera del alcance de Hammurabi¹⁷. Gracias a una conveniente cohesión de los territorios incorporados a los dominios ya controlados, desde entonces y mientras existiera el reino, se formó el concepto de un país de “Babilonia” —el nombre de su capital—, heredero del viejo “Sumer y Akkad”, que con el paso del tiempo se acabó contraponiendo a la “Asiria” septentrional.

Siglos después, Babilonia se convertiría en el corazón espiritual e intelectual de la antigua Mesopotamia. Era el centro cósmico, el símbolo de la armonía del mundo, nacido de

⁹Saporetti, Claudio, *La rivale di Babilonia. Storia di Ešnunna ai tempi di Hammurabi*, Roma, Newton & Compton, 2002, p. 305.

¹⁰*Ibidem*, p. 305.

¹¹*Ibidem*, p. 305.

¹²*Ibidem*, p. 307.

¹³*Ibidem*, pp. 307 y 335-337.

¹⁴Oates, Joan, *Babilonia... op. cit.*, p. 93.

¹⁵Liverani, Mario, *El antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*, Barcelona, Crítica, 2012, p. 325.

¹⁶Oates, Joan, *Babilonia... op. cit.*, p. 95.

¹⁷Liverani, Mario, *El antiguo Oriente... op. cit.*, pp. 323-324.

la pujanza de su dios supremo, Marduk¹⁸. Este aspecto cosmológico se reflejaba también en la propia concepción arquitectónica de la ciudad, cuyo centro neurálgico ocupaba, no en vano, la desafiante *zigurat* de Marduk: el Etemenanki. También, Babilonia presumió de ostentar la sede fija de la realeza, algo que conservaría inapelablemente, hasta que Seleuco I Nicátor, sucesor de Alejandro Magno, construyó una nueva capital en su nombre: Seleucia del Tigris¹⁹.

1.2 La exaltación del dios Marduk

No obstante, la llegada al trono de Babilonia del rey Hammurabi no supuso únicamente la espectacular ascensión política de Babilonia como la gran urbe del Oriente Próximo antiguo y nueva capital de la región, sino que estuvo acompañada por la de su dios principal, Marduk, que exactamente igual que su ciudad, había sido hasta entonces una divinidad secundaria²⁰ y local. Las ciudades norteñas como Babilonia o Borsippa extendieron a todo el país el prestigio de sus dioses locales. Se produjo, así, una reestructuración del panteón, puesto que la vieja jerarquía, basada en la supremacía de Enlil de Nippur, ya no estaba vigente.

Figura 1: Marduk con el dragón Mušhuššu.



Fuente: Oates, Joan, *Babilonia... op. cit.*, p. 271.

Marduk, que también era llamado con el nombre de *bēl*, es decir, “señor”, no solo fue esencial debido a su alto estatus en la ciudad de Babilonia, sino también por una serie de

¹⁸ Montero, Juan Luis, *Breve Historia de Babilonia*, Madrid, Nowtilus, 2012, p. 165.

¹⁹ Oates, Joan, *Babilonia... op. cit.*, p. 95.

²⁰ Montero, Juan Luis, *Breve Historia... op. cit.*, p. 230.

responsabilidades relatadas diariamente en la vida de la antigua Mesopotamia²¹. Él era el rey de los dioses, el arquitecto de los cielos y la tierra, y el creador de vida. Además, diferentes textos²² sugieren que Marduk era también el proveedor de agua, el dios de la abundancia, el salvador de los hombres y el repartidor de los destinos.

La nueva composición del panteón tendía a situar al dios Marduk en el vértice. Observemos que tanto la ciudad como su dios tutelar pasaron, en el II milenio a.C., de un modesto segundo plano a la posición principal en el esquema de la concepción mesopotámica de la época. Esta coincidencia, de primacía religiosa y política, no se promovió carente de intenciones. Por ello, en efecto, la operación no fue precisamente sencilla. Jean Bottéro²³, Federico Lara²⁴, Mario Liverani²⁵, Juan Luis Montero²⁶ o Takayoshi Oshima²⁷ sugieren que este proceso, si bien se culminó más tarde, habría comenzado en el reinado de Hammurabi.

Entre los mecanismos utilizados para reubicar a Marduk en una posición de preeminencia, destaca el sincretismo de varios dioses con él. Uno de los primeros casos fue el de Asalluhi (hijo de Ea), dios de los encantamientos y de los exorcismos, y dios tutelar de Ku'ar (ciudad cercana a Eridu)²⁸. Otro procedimiento fue situar a Marduk en el centro del mundo cosmogónico y cosmológico, sustituyendo a Enlil y asimilándolo parcialmente a él. Así, en los últimos años del periodo casita (*ca.* 1531-1155 a.C.), Marduk asumió lo que conocemos como sus 50 nombres. Originalmente, eran nombres de diferentes deidades con las que Marduk se sincretizó y cada nombre enumeraba sus distintas cualidades, como así lo refleja el *Enuma eliš*²⁹.

De modo que, Marduk, aparte de sustituir a Enlil en el ámbito cosmológico, también puede sustituir al rey en ciertas ceremonias. Principalmente, nos referimos a la gran Festividad del Año Nuevo (*Akītu*), que durante la historia de Babilonia siempre gozó de una amplia aceptación popular y servía, en definitiva, para garantizar el orden frente al caos y la sucesión natural de las estaciones naturales³⁰. El protagonista principal era el dios Marduk, encarnado en su estatua, que recorría en procesión algunos de los más emblemáticos lugares de Babilonia: la Puerta de Ištar, el complejo sagrado dedicado a Marduk (Esagila y el Etemenanki) o la Vía de las Procesiones (que unía la Puerta con el templo de Marduk).

Sin embargo, el *Akītu* fue mucho más que una ceremonia religiosa. Los rituales implicaban la renovación política del rey (es decir, la renovación de la legitimidad del rey), el rol crucial del gran sacerdote en las ceremonias, y los dos días del “repartidor de los destinos” convertían esta

²¹ Oshima, Takayoshi, “The Babylonian God Marduk”, en Leick, Gwendolyn (ed.), *The Babylonian World*, Nueva York, Routledge, 2007, p. 348.

²² *Ibidem*, p. 348.

²³ Bottéro, Jean, *La religión... op. cit.*, pp. 44-46.

²⁴ Lara Peinado, Federico, *Código de Hammurabi*, Madrid, Tecnos, 2008, pp. 56-57.

²⁵ Liverani, Mario, *El antiguo Oriente... op. cit.*, pp. 332-333.

²⁶ Montero, Juan Luis, *Breve Historia... op. cit.*, pp. 230-231.

²⁷ Oshima, Takayoshi, “The Babylonian...” *op. cit.*, p. 348.

²⁸ *Ibidem*, p. 349.

²⁹ *Cfr.* Seri, Andrea, “The Fifty Names of Marduk in *Enuma eliš*”, en *Journal of the American Oriental Society*, 126 (2006), pp. 507-519.

³⁰ Sommer, Benjamin, “The Babylonian Akitu Festival: Rectifying the King or Renewing the Cosmos”, en *Journal of Ancient Near Eastern Studies*, 27 (2000), pp. 81-82.

celebración en una parte fundamental del programa ideológico de la monarquía y del clero³¹. El estudio de Julye Bidmead pretende demostrar cómo la celebración del *Akītu* fue explotada por la monarquía y/o el clero central para garantizar la supremacía del rey, del dios nacional y su ciudad, Babilonia³². El *Akītu* también evolucionó, a lo largo de los siglos, desde una celebración local de la fertilidad agrícola en tiempos sumerios, hasta el festival nacional con la fuerte carga política que observamos en el I milenio a.C.³³. No obstante, como es de suponer en sociedades donde la tradición conserva un gran dominio, la transformación del *Akītu* fue delicada.

El propio *Código de Hammurabi* puede darnos pistas acerca de las pretensiones del rey amorreo. En el prólogo, Hammurabi intentó situar a Marduk entre los principales dioses de Mesopotamia, por lo que ha sido considerado un “tratado de teología política”³⁴. Véase este caso:

“Cuando *Anu*, el Altísimo, Rey de los *Anunnakis*, [y] el divino *Enlil*, señor de los cielos y tierra, que prescribe los destinos del País, le otorgaron al divino *Marduk*, al hijo primogénito del dios *Ea*, la categoría de *Enlil* de todo el pueblo [y] lo magnificaron entre los *Igigus*;
[cuando] le impusieron a Babilonia su sublime nombre [y] la hicieron la más poderosa de los Cuatro Cuadrantes;
[cuando] en su seno le aseguraron a *Marduk* un reino sempiterno cuyos cimientos son tan sólidos como los del cielo y la tierra [...]
Anu y el divino *Enlil* también a mí, a Hammurapi, el príncipe devoto [y] respetuoso de los dioses [...]”³⁵.

“Cuando *Marduk* me mandó a gobernar el pueblo, a enseñarle al País el buen camino, yo hice de la Verdad y la Equidad el asunto más importante: me ocupé del bienestar del pueblo”³⁶.

He aquí la primera incorporación —conocida— de Marduk en el grupo de los grandes dioses mesopotámicos. Y no se trata, en absoluto, de circunstancias secundarias: Hammurabi, rey de Babilonia, colocó a Marduk en el prólogo de su Código de leyes, junto con los grandes dioses Anu y Enlil, rey de los Anunnaki y señor de los cielos y de la tierra, respectivamente, de quienes, precisamente, emana la soberanía que recae sobre Marduk.

Entendemos que Anu y Enlil otorgaron a Marduk la soberanía sobre los hombres y, por tanto, le instituyeron como principal deidad babilónica con el objetivo de alegar, bajo parámetros religiosos, que la política de conquista y unificación del territorio mesopotámico, seguida por

³¹ Bidmead, Julye, *The Akītu festival. Religious Continuity and Royal Legitimation in Mesopotamia*, Nueva Jersey, Gorgias Press, 2004, p. 2.

³² *Ibidem*, p. 2.

³³ *Ibidem*, p. 169.

³⁴ Sanmartín Ascaso, Joaquín, *Códigos legales de tradición babilónica*, Madrid, Trotta, 1999, p. 83.

³⁵ *Ibidem*, p. 97.

³⁶ *Ibidem*, pp. 101-102.

Hammurabi durante su reinado, está amparada por los Cielos³⁷. Y, es más, de ser así, supondría una auténtica muestra del uso político del dios, por parte de este rey, para justificar las acciones que llevó a cabo: Marduk como un instrumento político en Babilonia. La teología, una vez más, queda al servicio de la Historia y del poder.

No obstante, no es nuestro deseo negar la piedad de Hammurabi (“Yo soy Hammurabi, el pastor, el elegido de Enlil”³⁸), que según nos relata él mismo en el prólogo del Código, era sincera: “[Yo soy] el Engrandecedor del nombre de Babilonia, el agrado del corazón de Marduk, su señor, el que se presenta a diario al servicio del Esagil”³⁹. Tal es así que Hammurabi, al promulgar el Código, está obedeciendo las órdenes de Marduk:

“Que el oprimido a quien llevan a juicio pueda acudir ante mi estatua de «Rey de la Equidad», que lea y relea mi estela inscrita y oiga mis exquisitas palabras, que mi estela le aclare el caso, él mismo comprenda su sentencia, y su corazón respire diciendo: «Hammurapi —el Señor que se manifiesta como padre carnal de la gente— ha vibrado ante las palabras del divino *Marduk*, su señor, y ha hecho realidad los deseos de victoria de *Marduk* arriba y abajo; ha regocijado el corazón de *Marduk*, su señor, y convertido el bienestar en el destino sempiterno de la gente, e impuesto su derecho en el País»⁴⁰.

En suma, los dioses Anu y Enlil, jefes del panteón mesopotámico, asignaron al dios Marduk sus más importantes atribuciones, a la vez que su ciudad, Babilonia, se convertía en el centro del universo, y todo bajo el amparo del poderoso Hammurabi como rey. Parece claro que las fortunas del dios tutelar, de su ciudad y de su soberano caminaron indisolublemente ligadas⁴¹.

La culminación de la exaltación de Marduk fue la concepción del poema religioso *Enuma eliš* (“Cuando en lo alto”⁴²), uno de los principales relatos del mundo antiguo⁴³. Su origen se remontaría al II milenio a.C. y en concreto habría sido concebido en el periodo paleobabilónico. Sin embargo, según Takayoshi Oshima⁴⁴, este poema fue compuesto para celebrar la recuperación de la estatua del dios Marduk (capturada por el rey elamita Kudur-Nanhundi, 1155-1150 a.C., en tiempos de Nabucodonosor I). Sería este el momento en que Marduk, reconocido oficialmente como “Rey de los Dioses”, reemplazó a Enlil en el esquema teológico babilonio.

Grosso modo, esta historia de la creación nos traslada a la coronación de Marduk como deidad principal de Babilonia. El texto revela que Marduk es, finalmente, el más sublime de

³⁷ Lara Peinado, Federico, *Código... op. cit.*, pp. 56-57.

³⁸ *Ibidem*, p. 4.

³⁹ Sanmartín Ascaso, Joaquín, *Códigos legales... op. cit.*, p. 98.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 150-151.

⁴¹ Charpin, Dominique, *Hammu-rabi... op. cit.*, p. 114.

⁴² Talon, Philippe, *Enūma Eliš*, Helsinki, Neo-Assyrian Text Corpus Project, 2005, p. 79.

⁴³ Montero, Juan Luis, *Torre de Babel: Historia y mito*, Murcia, Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales, Consejería de Cultura y Turismo, Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, 2010, p. 169.

⁴⁴ Oshima, Takayoshi, “A Forgotten Royal Hymn to Marduk and its Historical Background”, en *Journal of the Ancient Eastern Society*, 32 (2011), p. 116.

todos los dioses, alcanzando la cúspide de la creación divina⁴⁵. Podemos ver aquí una visión dualista: la pugna de ambos polos por el triunfo y la instauración de su orden. El bando encabezado por Tiamat es comprendido como la representación del caos. A tal efecto, la guerra y la victoria de Marduk en la misma constituyen la instauración de un nuevo orden en el mundo. Es decir, la guerra ofrece a Marduk la legitimidad en la asamblea divina para cambiar el mundo y perfeccionarlo. Se alía así su esencia, ya reconocida desde su origen, a la victoria que lo legitima, transformándose en el paradigma de la naturaleza divina. Marduk asume la función de dios ordenador del universo, y los demás dioses, agradecidos, le rinden homenaje y se inclinan ante su manifiesta superioridad⁴⁶, pues los salvó de un peligro fatal, lejano en el “tiempo mítico”, en el momento en el que un seísmo formidable había sacudido y desgarrado a su comunidad⁴⁷.

2. La exaltación del dios Sin

2.1 Nabónido, un rey enigmático

Nabónido, un usurpador, consiguió acceso al trono del poderoso reino de Babilonia al final de un periodo de gran inestabilidad que comenzó con la difícil sucesión del rey Nabû-kudurri-uşur (Nabucodonosor II, 604-562 a.C.). Su hijo y sucesor, Amêl-Marduk, reinó durante un par de años. Pero, según Francis Joannès⁴⁸, es destronado como consecuencia de un golpe de estado palaciego urdido por Nergal-şar-uşur, o Neriglissar (559-556 a.C.), quien acabaría asesinando a Amêl-Marduk y asumiendo su lugar en 559 a.C.⁴⁹. Pero Neriglissar era un hombre anciano y solo gobernó cuatro años. El problema sucesorio, pues, se reavivó nuevamente a su muerte.

Neriglissar intentó transmitir el trono a su hijo, Lābāši-Marduk, a quien las fuentes tachan de inexperto y escasamente autoritario⁵⁰. Sin embargo, tras unos meses de reinado⁵¹, intervino otra conjura palaciega que acabó con tal efímera figura. Los responsables de su asesinato

⁴⁵ Montero, Juan Luis, *Torre de Babel... op. cit.*, 2010, p. 171.

⁴⁶ Liverani, Mario, *El antiguo Oriente... op. cit.*, p. 332.

⁴⁷ Bottéro, Jean y Samuel Noah Kramer, *Cuando los dioses hacían de hombres. Mitología mesopotámica*, Madrid, Akal, 2004, p. 668.

⁴⁸ Joannès, Francis, *La Mésopotamie au 1^{er} millénaire avant J.-C.*, París, Armand Colin, 2000, pp. 92-93.

⁴⁹ Liverani, Mario, *El antiguo Oriente... op. cit.*, p. 686.

⁵⁰ Joannès, Francis, *La Mésopotamie... op. cit.*, p. 92.

⁵¹ Las fechas también suponen un problema. Paul-Alain Beaulieu atiende al primer documento fechado —conocido— del reinado de Lābāši-Marduk (3 de mayo del 556 a.C.) y al primero de Nabónido (25 de mayo del 556 a.C.), en el que se celebra que ha sido reconocido como rey en Nippur. Añade, por último, que hacia finales de junio era el único gobernante del imperio y, por ello la situación se apaciguó en menos de un mes. Beaulieu, Paul-Alain, *The Reign of Nabonidus, King of Babylon, 556-539 B.C.*, Yale, Yale University Press, 1989, p. 86.

fueron, presumiblemente, miembros de una facción de la corte. El líder de la misma, Nabu-na'id (Nabónido), y su hijo, Bêl-šar-ušur (el Baltasar de la Biblia), realmente no pertenecían a la familia reinante (“Soy Nabónido, que no tiene el honor de ser alguien —la realeza no está dentro de mí”⁵²), pero constan como dignatarios de palacio. Es decir, Nabónido era otro usurpador⁵³, un inconveniente que debió resolver durante los primeros meses de su reinado. Así fue cómo esta enigmática figura ascendió al poder.

Parece que Nabónido pudo haber nacido hacia 610 a.C.⁵⁴. Era oriundo del norte, de la vieja ciudad asiria de Ḫarrānu (Harrán), en la Alta Mesopotamia occidental, donde su madre, Adad-guppi', era sacerdotisa del dios lunar Sin en el santuario de **Eḫulḫul**, destruido por una coalición de medos y babilónicos en 610⁵⁵. Debemos destacar la interesantísima figura de Adad-guppi', quien habría sido trasladada a la corte de Babilonia cuando Harrán, última fortaleza de los asirios, cayó en manos babilonias⁵⁶. Adad-guppi', que habría residido en Harrán, incluso en tiempos de Aššur-bani-apli (Aššurbanipal), y desde luego hasta el final del periodo neosirio⁵⁷, falleció en el noveno año de reinado de su hijo, a la edad de 102 (o, posiblemente, 104) años⁵⁸. Esta mujer declaró en su propia inscripción haber presionado a su hijo para que accediera a la corte de los reyes Nabucodonosor II y Neriglísar⁵⁹.

El padre de Nabónido, Nusku-balāssu-iqbi, en cambio, no es muy conocido. Sabemos que ostentaba los títulos de *rubā'um* (príncipe) y šakkanaku (gobernador)⁶⁰. Se especula que fuera el jefe de una tribu aramea asentada en Babilonia⁶¹. Los vínculos de Nabónido con Harrán, que será uno de los enclaves que más influencia ejerza sobre su política religiosa, podrían sugerirnos un origen arameo para su madre, mas no puede ser claramente demostrado⁶². Harrán era, desde antaño, un importante centro comercial y religioso, y fue la última sede del poder asirio⁶³. Según Joan Oates, habría motivos suficientes para pensar que la posición de Adad-guppi' derivaba de su estrecha relación con la familia real asiria⁶⁴.

En resumen, Nabónido fue elegido rey, mientras que su hijo, Baltasar, tomó posesión de los bienes patrimoniales y del personal de la familia de Neriglísar. Nabónido era bastante anciano al acceder al trono y Baltasar, de hecho, gozaba de suficiente edad como para asumir

⁵² Oates, Joan, *Babilonia... op. cit.*, p. 182.

⁵³ Raymond Philip Dougherty sugirió una conexión familiar entre Nabónido y Nabucodonosor II, mediante el matrimonio entre el primero y una hija del segundo. Dougherty, Raymond Philip, *Nabonidus and Belshazzar. Yale Oriental Series Researches*, Nueva York, AMS Press, 1929, p. 79.

⁵⁴ Dandamayev, Muhammad Abdoukadyrovitch, “Nabonid A”, en *Reallexikon der Assyriologie und Vorderasiatischen Archäologie*, 9 (2001), p. 7.

⁵⁵ Liverani, Mario, *El antiguo Oriente... op. cit.*, p. 686.

⁵⁶ Biga, Maria Giovanna, *Il politeismo vicino-orientale. Introduzione alla storia delle religioni del Vicino Oriente antico*, Roma, Libreria dello Stato, 2008, p. 442.

⁵⁷ Joannès, Francis, *La Mésopotamie... op. cit.*, p. 94.

⁵⁸ Oates, Joan, *Babilonia... op. cit.*, p. 182.

⁵⁹ Dandamayev, Muhammad Abdoukadyrovitch, “Nabonid...” *op. cit.*, p. 7.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 7.

⁶¹ *Ibidem*, p. 7.

⁶² Joannès, Francis, *La Mésopotamie... op. cit.*, p. 94.

⁶³ Oates, Joan, *Babilonia... op. cit.*, p. 182.

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 182-183.

plenamente diversas funciones políticas. Pero, en suma, Nabónido se convirtió, quizá por su carisma personal⁶⁵ en monarca y, por tanto, en la figura principal de la política babilonia. Rápidamente, sin embargo, Baltasar consiguió un prominente puesto en el reino, como consta en las primeras inscripciones de Nabónido⁶⁶. De hecho, las fuentes permiten traslucir que se trató de una figura interesada en los negocios privados y que, en definitiva, llegó a ser parte de la oligarquía solo a partir del reinado de su padre⁶⁷.

2.2 La cuestión de Taima

Nabónido dedicó los primeros años de su reinado a la consolidación interna y a su atractiva labor como restaurador de templos. Este rey desarrolló una extraordinaria atención a las disposiciones arquitectónicas y culturales más primitivas de los templos antiguos, lo que le ha valido la designación historiográfica de “rey arqueólogo”⁶⁸. Según algunos autores⁶⁹, esta tarea rozaba lo obsesivo, pero, en realidad, así intentaba asegurar la autoridad y su legitimidad sobre sus súbditos, de las que carecía por ser, en el fondo, un usurpador.

Después, Nabónido se puso al frente de un ejército, cruzó con él Siria y el Líbano, y llegó finalmente al oasis de Taima (ciudad del noroeste de la península de Arabia⁷⁰) donde permaneció durante un número desconocido de años (más de cinco, menos de diez⁷¹), dejando el gobierno de Babilonia a su hijo Baltasar⁷²: “Mas me apresuré a alejarme de mi ciudad de Babilonia..., diez años estuve sin ir a mi ciudad Babilonia”⁷³.

Taima era una poderosa ciudad fortificada ubicada en el cruce de las rutas que unen el Golfo Pérsico con el mar Rojo, y el sur de Arabia con el Mediterráneo. La ciudad era un verdadero centro natural del comercio árabe⁷⁴. El principal episodio de su historia fue la larga estancia de Nabónido, que convirtió este oasis en su residencia durante la campaña contra la zona noroeste de Arabia⁷⁵.

⁶⁵ Joannès, Francis, *La Mésopotamie... op. cit.*, p. 94.

⁶⁶ Beaulieu, Paul-Alain, *The Reign... op. cit.*, pp. 90-91.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 91.

⁶⁸ Joannès, Francis, *La Mésopotamie... op. cit.*, p. 94.

⁶⁹ Roaf, Michael, “Nabonid B”, en *Reallexikon der Assyriologie und Vorderasiatischen Archäologie*, 9 (2001), p. 12.

⁷⁰ Al-Ghabban, Ali Ben et al., *Rutas de Arabia. Tesoros arqueológicos del Reino de Arabia Saudí*, Madrid, Fundación La Caixa, 2010, p. 43.

⁷¹ Algunos autores, como Francis Joannès, aseguran que la marcha de Nabónido se prolongó durante diez años, de 551 a 541. Joannès, Francis, *La Mésopotamie... op. cit.*, p. 94. En cualquier caso, solo podemos asegurar que ocurrió entre el tercer y el sexto año de reinado, según Dandamayev, Muhammad Abdoukadyrovitch, “Nabonid...” *op. cit.*, p. 9.

⁷² Oates, Joan, *Babilonia... op. cit.*, p. 184.

⁷³ *Ibidem*, p. 184.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 185.

⁷⁵ Hausleiter, Arnulf, “The Oasis of Tayma”, en Al-Ghabban, Ali Ben et al. (eds.) *Roads of Arabia. Archaeology and History of the Kingdom of Saudi Arabia*, París, Museo del Louvre, 2010, p. 220.

En las inmediaciones de Taima, se halló un grupo de inscripciones tamúdicas (en forma de grafiti)⁷⁶. Muchas de ellas aportan el nombre y títulos de Nabónido (*malik babel*⁷⁷, en árabe, “rey de Babilonia”), así como los nombres y profesiones de los individuos que le acompañaron en esta estancia: aparecen las referencias al estatus social de ciertos personajes (concretamente, el de un sirviente y un guardaespaldas⁷⁸ de Nabónido) y a un rango militar⁷⁹.

Pero, en realidad, existe una interesante discusión acerca de los motivos reales de este viaje, y aún no se ha llegado a un punto de común acuerdo. Ya desde principios del siglo pasado, autores como Raymond Philip Dougherty⁸⁰ aseguraban la presencia de Nabónido en Taima durante un periodo estimado de varios años. En concreto, se basa en la *Crónica de Ciro* (concerniente al reinado de Nabónido y la caída de Babilonia), para referirse a su estancia en Taima en el séptimo, noveno, décimo y undécimo año de su reinado, mientras su hijo Baltasar aguardaba en Babilonia, ciudad que el rey no pisó en esos años⁸¹. Como consecuencia, obviamente, no pudieron celebrarse los festejos con motivo del Año Nuevo⁸².

Entre las razones de su retiro a Taima, Raymond Philip Dougherty⁸³ propone: problemas de salud (víctima, al parecer, de un brote de malaria en Babilonia), por motivo de su programa de reconstrucción de templos (y paralelo entusiasmo por la “arqueología”) y, también, como salida forzosa durante el séptimo año de su reinado. Y, si bien ya asegura el propio Raymond Philip Dougherty que este argumento no puede ser demostrado⁸⁴, esta sería, a nuestro juicio, una de las teorías más interesantes, pues implicaría que el traslado a Taima tuvo como objetivo —uno de ellos, quizá—, el distanciamiento entre el monarca y el culto a Marduk. Sin embargo, también el propio Nabónido aporta su versión de los hechos:

“The citizens of Babylon, Borsippa, Nippur, Ur, Uruk, and Larsa, the governors and people of the cult centers of Akkad offended his great godhead, they acted wickedly, they sinned, not knowing the great wrath of Nannar, the King of the gods, they forgot his rites”⁸⁵.

Mario Liverani⁸⁶, sin embargo, centra su argumento en un posible ardid político para conseguir el apoyo del frente occidental (arameos y asirios), añadiendo el componente árabe, en relación con el escenario internacional. Tampoco deben dejarse de lado las intenciones

⁷⁶ Schaudig, Hanspeter, “Tēmā”, *Reallexikon der Assyriologie und Vorderasiatischen Archäologie*, 13 (2009), p. 514; Jacobs, Bruno y Michael MacDonald, “Felszeichnung eines Reiters aus der Umgebung von Taymā”, en *Zeitschrift für Orient Archäologie*, 2 (2009), pp. 369-370.

⁷⁷ Jacobs, Bruno y Michael MacDonald, “Felzeichnung...” *op. cit.*, p. 370.

⁷⁸ Al-Said, Said, “Eine neu entdeckte Erwähnung des Königs Nabonid in den thamudischen Inschriften”, en *Zeitschrift für Orient Archäologie*, 2 (2009), p. 361.

⁷⁹ Jacobs, Bruno y Michael MacDonald, “Felzeichnung...” *op. cit.*, p. 370.

⁸⁰ Dougherty, Raymond Philip, “Nabonidus in Arabia”, en *Journal of the American Oriental Society*, 42 (1922), pp. 310-315. DOI: <https://doi.org/10.2307/593643>.

⁸¹ *Ibidem*, p. 310.

⁸² *Ibidem*, p. 311.

⁸³ *Ibidem*, p. 312.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 312.

⁸⁵ Beaulieu, Paul-Alain, *The Reign... op. cit.*, p. 62.

⁸⁶ Liverani, Mario, *El antiguo Oriente... op. cit.*, p. 687.

comerciales entre el sur de Arabia y el Levante, Siria y Mesopotamia, hipótesis confirmada gracias a los informes hallados en Uruk de mercancías enviadas desde Taima durante el reinado de Nabónido⁸⁷.

Sea como fuere, Nabónido regresó a Babilonia allá por el año 17 de su reinado. Las razones del retorno del rey a la capital son tan oscuras como las que le impulsaron a irse⁸⁸. Y, desde entonces, su preocupación inmediata fue volver a celebrar regularmente el Año Nuevo⁸⁹. Para Muhammad Abdoukadyrovitch Dandamayev⁹⁰, quizá una de las razones de su ausencia fuera su negativa a participar en este festival, y admitir los tradicionales privilegios de los ciudadanos de Babilonia y de otras ciudades sagradas del país. En cualquier caso, Nabónido, ante la amenaza persa, ordenó recoger los dioses del país y guardarlos en Babilonia⁹¹ para que estuvieran más protegidos, pero ciudades como Borsippa o Sippar se negaron a obedecer⁹².

Sin embargo, los hechos, ocurridos con gran celeridad, se precipitaron y los persas intervinieron militarmente. Ciro, en el año 539 a.C., entró en Babilonia aclamado como libertador y triunfador. Nabónido fue apresado. De la *Crónica de Ciro* se desprende que el rey persa era el ejecutor de la voluntad de Marduk y restaurador de una normalidad cultural que Nabónido había subvertido. De esta manera, Babilonia se incorporó a un nuevo imperio como una de sus capitales, pero pagando por ello un alto precio: esta ciudad dejó de ser el centro del Oriente Próximo antiguo e, irremediabilmente, comenzó su lenta decadencia.

2.3 El problema religioso con Nabónido: la exaltación del dios Sin

Nabónido, como decimos, ha de legitimar su coronación con dos grandes obstáculos: el hecho de ser un usurpador y, por tanto, ajeno al entorno babilonio y, en particular, no gozar del apoyo del clero de Marduk. A pesar de esto, en una de sus primeras inscripciones, Nabónido, recién reconocido como rey, visita los santuarios de Nabu y Marduk para buscar la aprobación divina para su reinado:

“The heart of Marduk, my lord, calmed down. Reverently I praised (him) and sought after his sanctuary with prayers and supplications. Thus I addressed (my) prayers to him, telling him what was in my heart: Let me indeed be a King who pleases your heart, I who, not knowing, had no thought of kingship for myself, when you, O lord of lords, have entrusted me with (a rulership) more important than the rulerships which have been exerted in the past by other

⁸⁷ Hausleiter, Arnulf, “The Oasis...” *op. cit.*, p. 221.

⁸⁸ Oates, Joan, *Babilonia...* *op. cit.*, p. 185.

⁸⁹ Liverani, Mario, *El antiguo Oriente...* *op. cit.*, p. 689.

⁹⁰ Dandamayev, Muhammad Abdoukadyrovitch, “Nabonid A...” *op. cit.*, p. 10.

⁹¹ Zawadzki, Stefan, “The end of the Neo-Babylonian Empire: New Data Concerning Nabonidus’s order to send the Statues of Gods to Babylon”, en *Journal of Near Eastern Studies*, 71 (2012), p. 50. DOI: <https://doi.org/10.1086/664452>.

⁹² Oates, Joan, *Babilonia...* *op. cit.*, p. 186.

*kings whom you have called. Lengthen my days, may my years become old, let me fulfill the function of provider*⁹³.

Observamos que el propio Nabónido es consciente de que su ascenso al trono no está legitimado y que desconoce las intenciones de Marduk. Precisaba, pues, de una estrategia política para superar estas dificultades iniciales. Mario Liverani nos narra este procedimiento⁹⁴. A través de una inscripción del propio rey, se ha sugerido que el hilo conductor de su programa era el dios Marduk. El siglo anterior, el rey asirio Sin-ahhe-eriba (Senaquerib, 705-681 a.C.) había destruido violentamente la ciudad de Babilonia, según su mismo alegato, por deseo expreso de Marduk, siendo castigado por ello, con lo que exculpó a los asirios. Por otra parte, cuando los medos prorrumpieron en Asiria para asestarle el golpe de gracia, también destruyeron ciudades babilonias que no habían apoyado a su aliado, Nabu-apla-uš-ur (Nabopolasar). Por el contrario, Nabucodonosor y Neriglissar comenzaron una época de restauración de templos y antiguos cultos. Así, Nabónido asegura: “Yo soy el auténtico heredero legítimo y continuador de Nabucodonosor y Neriglissar (lo han probado las estrellas y los sueños), yo he continuado y terminado la obra de restauración de templos, de los ajuares sagrados, de los cultos”⁹⁵.

Entonces, Nabónido, argumentando que, gracias a su política, tiene a favor la tríada del núcleo central del estado (es decir, Marduk-Nabu-Nergal de Babilonia-Borsippa-Kutha) añade otra de carácter astral, Šamaš-Sin-Ištar, que habría implicado a ciudades periféricas como Sippar para el dios solar Šamaš, Ur y Harrán para el dios lunar Sin y Nínive para la diosa Ištar. Es otro modo de justificar su especial dedicación a la reconstrucción del **Eḫulḫul** que, tras 54 años en ruinas, fue restaurado por voluntad del dios Marduk⁹⁶. Para ello, Nabónido movilizó trabajadores de todas las tierras comprendidas entre el Golfo Pérsico y el Mediterráneo. La estatua del dios Sin y su séquito fueron trasladadas a Babilonia y establecidas allí⁹⁷. Esta ciudad continuó siendo durante muchos siglos centro del culto al dios lunar⁹⁸.

Analicemos ahora el contenido de este discurso. Este se sitúa principalmente en el plano cultural, y reconoce la primacía de Marduk como dios que asigna la realeza babilónica y determina los destinos del reino. No obstante, parece que sin temor a las —más que evidentes— repercusiones, Nabónido criticó al dios por su papel protagonista en las destrucciones y amplió el diagrama de las tríadas para contentar a varias ciudades más. Pero como adelantábamos, este planteamiento debió suponer la oposición rotunda del clero de Marduk. El culmen del programa de Nabónido fueron ciertas inscripciones en Harrán, algunas dedicadas a su madre⁹⁹ y otras

⁹³ Beaulieu, Paul-Alain, *The Reign... op. cit.*, p. 89.

⁹⁴ Liverani, Mario, *El antiguo Oriente... op. cit.*, pp. 686-687.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 686.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 686.

⁹⁷ Dandamayev, Muhammad Abdoukadyrovitch, “Nabonid...” *op. cit.*, p. 8.

⁹⁸ Oates, Joan, *Babilonia... op. cit.*, p. 185.

⁹⁹ Una de estas estelas fue estudiada en Gadd, Cyril John, “The Harran Inscriptions of Nabonidus”, en *Anatolian Studies*, 8 (1958), pp. 46-53.

que conmemoraban la reforma del templo de Harrán¹⁰⁰, en las que concedió al dios Sin un alto protagonismo (como la de atribuirle la facultad de designar a la realeza) que se consideraron intolerables e, incluso, una herejía.

Como Hayim Tadmor¹⁰¹ y, en particular, Paul-Alain Beaulieu¹⁰² establecieron, se podrían distinguir tres etapas en este proceso de exaltación del dios Sin en época de Nabónido. En la primera, que abarcaría sus tres primeros años de reinado (556-553 a.C.), Sin alcanzó cierta preeminencia dentro del panteón, aunque Marduk continuó siendo reconocido como antaño. La segunda, que comprende los diez años siguientes (553-542 a.C.), se caracterizó por la estancia de Nabónido en Taima y el gobierno en solitario de Baltasar en Babilonia. En esta segunda etapa, en Babilonia, observamos una cierta tendencia de retorno a la preponderancia de Marduk, seguramente por presión del cuerpo sacerdotal del dios. Y, por último, la última fase vino marcada por la vuelta de Nabónido a Babilonia, desde Taima, en sus últimos cuatro años (542-539 a.C.). En estos años, Nabónido llevó la exaltación del dios Sin a su más importante nivel, buscando la sustitución de Marduk por parte del dios lunar. Como decíamos, poco después del retorno del rey a Babilonia, comenzó el avance imparable de los persas y, en 539, Ciro entró triunfante en Babilonia, poniendo fin al reinado de Nabónido y, por supuesto, paralizando este experimento religioso.

Según Francis Joannès¹⁰³, ya durante su larga estancia en Taima de diez años, Nabónido orientó sus conceptos religiosos, dirigiendo al dios de la Luna, Sin, a un lugar cada vez más relevante, para convertirlo en la cabeza del panteón. Esta gran reforma religiosa, consistente en el rechazo al dios Marduk, el dios supremo e indiscutible de Babilonia durante más de un milenio, debió provocar fuertes y negativas reacciones por parte del clero de Marduk. Esta teoría ya fue establecida por Hayim Tadmor¹⁰⁴. Indudablemente, el proceso de glorificación del dios Sin fue paralizado durante la estancia del rey en Arabia, momento en el que Marduk recuperó su antigua posición. Paul-Alain Beaulieu propone en su obra que la vuelta a la ortodoxia fuera parte de la propaganda prometida a Babilonia¹⁰⁵. Esta teoría podría ser respaldada por un pasaje de una de las inscripciones de Nabónido, en la cual este justifica su partida hacia Taima por la impiedad de los babilonios: “*The citizens of Babylon, Borsippa, Nippur, Ur, Uruk, and Larsa, the governors and people of the cult centers of Akkad offended his great godhead, they acted wickedly, they sinned, not knowing the great wrath of Nannar, the King of the gods, they forgot his rites*”¹⁰⁶.

¹⁰⁰ Harper, Robert Francis, “Prayers from the Neo-Babylonian Historical Inscriptions”, en *The Biblical World*, vol. 23, 6 (1904), p. 434. DOI: <https://doi.org/10.1086/473409>.

¹⁰¹ Tadmor, Hayim, “The Inscriptions of Nabunaid: Historical Arrangement”, en Güterbock, Hans y Thorkild Jacobsen (eds.), *Studies in Honor of Benno Landsberger on His Seventy-Fifth Birthday. Assyriological Studies*, Chicago, Universidad de Chicago, 1965, pp. 351-363.

¹⁰² Beaulieu, Paul-Alain, *The Reign... op. cit.*, pp. 43-65.

¹⁰³ Joannès, Francis, *La Mésopotamie... op. cit.*, p. 95; *ibidem*, p. 62.

¹⁰⁴ Tadmor, Hayim, “The Inscriptions...” *op. cit.*, pp. 362-363.

¹⁰⁵ Beaulieu, Paul-Alain, *The Reign... op. cit.*, p. 62.

¹⁰⁶ British Museum 38299 (Número de registro 1880,1112.181); *ibidem*, p. 62.

Una lectura literal de este pasaje podría sugerir que los más tempranos intentos de reforma del rey provocaron la ruptura con el clero y la gente de Babilonia, lo que desembocaría en el exilio voluntario en Arabia. Tan lejos de la capital, y probablemente convencido de la infidelidad de sus súbditos, Nabónido retomaría la ortodoxia, como se refleja en las inscripciones que se emitieron en Babilonia. Pero, no obstante, parece que aún no había renunciado a su grandiosa reforma. Y es que no se puede confirmar que el rey impusiera el culto a Sin como divinidad suprema del panteón en los momentos más tempranos de su reinado. A pesar de las firmes intenciones de sus primeras inscripciones, las políticas de Nabónido se dirigieron principalmente a fortalecer su legitimidad y ser percibido por el pueblo como garante de la ortodoxia y del imperialismo babilonio. Por ello, la cita anterior no puede ser interpretada de forma estrictamente textual.

Por otra parte, según Paul-Alain Beaulieu¹⁰⁷, Nabónido nunca intervino directamente en los asuntos de Babilonia durante su ausencia de la misma, dejando a su hijo Baltasar con la total responsabilidad sobre la administración. Sin embargo, se discute sobre lo apropiado del término “corregencia”, ya que Baltasar nunca asumió título oficial alguno. Podemos afirmar que la administración estuvo en sus manos, incluyendo los asuntos de obras públicas y la emisión de inscripciones que las conmemoraban. Este punto tiene especial relevancia, pues habría sido asunto del hijo, Baltasar, volver a la ortodoxia reflejada en las inscripciones durante el periodo de Taima. Mas, por otra parte, al actuar como regente temporal, no le estaba permitido sustituir al rey en ciertos momentos trascendentales para la ciudad de Babilonia, como la propia celebración del *Akītu*, que fue pospuesto hasta la vuelta de Nabónido.

Por ello, sin que deba resultar extraño, el propio clero de Marduk procuró testimoniar su versión de los hechos. En el llamado *Cilindro de Ciro*¹⁰⁸, creado en 539 a.C. (después de la conquista persa de Babilonia, cuando Nabónido ya había sido derrotado) y usado como depósito de fundación¹⁰⁹, se resumen las polémicas que suscitaron su figura y su reinado. Siguiendo el argumento de Mario Liverani¹¹⁰, se trata en realidad de una apología del conquistador Ciro —que presume de tener el favor de Marduk¹¹¹— en contra del rey depuesto. Entre esas líneas, se deja traslucir que los sacerdotes critican firmemente la política seguida por Nabónido en el plano cultural y, principalmente, en el religioso. Primero, por introducir el culto foráneo —para Babilonia— del dios Sin; segundo, omitir la celebración del Año Nuevo en Babilonia por estar enfrascado, al parecer, en la restauración del **Ehulhul**; tercero, ser un ignorante y no conocer la escritura; y cuarto, confundir los rituales e interpretar los presagios de manera poco clara. Pero, también, hay una denuncia de tinte político: su larga estancia en la ciudad de Taima, que supuestamente fue construida a semejanza y casi como rival de Babilonia, y donde construyó un templo dedicado al dios Sin¹¹².

¹⁰⁷ Beaulieu, Paul-Alain, *The Reign... op. cit.*, p. 196.

¹⁰⁸ British Museum 90920 (Número de registro 1880,0617.1941).

¹⁰⁹ Curtis, John, *The Cyrus Cylinder and Ancient Persia. A New Beginning for the Middle East*, Londres, British Museum Press, 2013, p. 31.

¹¹⁰ Liverani, Mario, *El antiguo Oriente... op. cit.*, p. 687.

¹¹¹ Curtis, John, *The Cyrus... op. cit.*, p. 32.

¹¹² *Ibidem*, p. 31.

Según Wilfred George Lambert¹¹³, el rey celebraba la cumbre de los festivales exclusivamente en la ciudad de Babilonia, que no en Uruk, Nippur o Eridu. Esto implica, pues, que el clero de Babilonia era parte del cuerpo político (que, además, ejercía un relativo control sobre la figura del monarca) y no una institución independiente.

Para finalizar, es interesante incluir también una reflexión diferente, en este caso de Kabalan Moukarzel¹¹⁴. Este autor defiende que se ha magnificado lo que él denomina “la reforma religiosa” de Nabónido. Así, con un estudio adecuado de las pruebas de las que disponemos en la actualidad, es poco probable formular teorías que aseguren la veracidad histórica de esta supuesta reforma. Bajo su opinión, el tema dista de estar clausurado y sería necesario que los futuros investigadores tuvieran en cuenta la necesidad de un estudio crítico sobre el tema.

3. Conclusiones

A lo largo de la rica Historia del Oriente Próximo antiguo, pocos fenómenos gozaron de tan alto alcance político como las propias divinidades. En reiteradas ocasiones, la dura pugna entre la esfera terrenal y la divina impulsó una época de intensa inestabilidad interna y/o externa. Y, cuando la religión se vuelve política, siempre esta última procura imponerse. Sin embargo, en estas sociedades, la política no podía actuar de manera unilateral: por su trascendencia, la religión consagró su propio cometido y la Historia demuestra que, con frecuencia, su asociación con la política ha dado grandes frutos. Es lógico verlo así, si desde el inicio de la historia mesopotámica, desde los reyes de las ciudades-estado sumerias a los monarcas neoasirios, es la realeza la interlocutora de los dioses. El clero de los diferentes dioses mesopotámicos siempre supo que el monarca tenía mucho que decir, porque es él (y no, curiosamente, aquellos que velaban por la estatua del dios y su culto) el que realizaba las acciones divinas en la tierra.

La exaltación de Marduk es, según nuestra visión, uno de los más claros ejemplos que demuestran el uso de lo divino para apuntalar los sucesos políticos. No en vano, Hammurabi fue un grandísimo estratega de su tiempo. Sabiendo de su extraordinaria capacidad, es razonable plantearnos la posibilidad de la creación de una simbiosis con el clero de Marduk que permitió el favor de su sacerdocio, materializado mediante un fuerte aparato ideológico creado para el dios y su ciudad, aspirante a metrópoli en medio de una delicada realidad internacional. A cambio, obtendrían el privilegio de engrosar las filas de un clero favorecido por el mismo dios (¿y por el Palacio?). Los amorritas, alejándose de sus orígenes pastoriles, poco a poco fueron tomando las riendas de los estados mesopotámicos, y copiaron modelos preexistentes.

¹¹³ Lambert, Wilfred George, “Studies in Marduk”, en *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 47 (1984), p. 5. DOI: <https://doi.org/10.1017/S0041977X00022102>.

¹¹⁴ Moukarzel, Kabalan, “The Religious Reform of Nabonidus: A Sceptical View”, en Geller, Markham Jess (ed.), *Melammu: The Ancient World in an Age of Globalization*, Berlín, Epubli, 2014, pp. 186-188.

Hammurabi alcanzó el poder cuando la dinastía a la que pertenecía ya estaba completamente involucrada en la historia mesopotámica, por tanto, la divinidad principal de su dinastía debía ser encumbrada, primero a la altura de los grandes dioses mesopotámicos y después por encima de ellos. No obstante, este proceso, por su complejidad, pudo ser bastante más lento de lo que hemos expuesto. Por ello, siguiendo las tesis de autores como Jean Bottéro, Mario Liverani o Takayoshi Oshima, la solidez de todo este entramado no llegaría hasta medio milenio después, bajo la dinastía casita. Sin embargo, la documentación que la Babilonia amorrita nos ha legado nos permite asegurar que el objetivo teórico debió fraguarse mucho antes, durante la dinastía de Hammurabi, cuando Babilonia fue encumbrada como la gran ciudad de Mesopotamia.

Radicalmente distinta fue la época de gobierno de Nabónido, un usurpador inmerso en una compleja situación, dentro y fuera de las fronteras. Mucho se ha escrito sobre Nabónido, y parece claro que no ha sido muy favorecido por la historiografía, sobre todo la más antigua. Mas puede que sus peculiaridades no fueran del todo caprichosas. Por entonces, el clero de Marduk se encontraba totalmente asentado en una posición de indudable prioridad, y como consecuencia, los enfrentamientos con la corona dificultaban la paz entre las dos grandes esferas de autoridad. Esto fue lo que, probablemente, ocurrió en los años de Nabónido. El rey y su círculo —no babilónico— habrían intervenido para reivindicar una preeminencia —rey y dios Sin— que sustentara las medidas precisas para alargar la vida de una debilitada Babilonia, algo incompatible con los intereses del clero de Marduk.

Por ello, de todas las hipótesis que hemos expuesto sobre la estancia de Nabónido en Taima, la del conflicto fallido con el clero es la más plausible, e inmediatamente nos lleva a plantearnos varias cuestiones: ¿por qué las inscripciones cambian de sentido durante la ausencia de Nabónido, tendiendo nuevamente hacia la ortodoxia?, ¿cuál es la importancia real de la exaltación de Sin en el panorama político?, ¿la historia política produjo la supuesta reforma religiosa, o al revés?, y, lo que no debe olvidarse, ¿por qué Babilonia cede tan rápidamente ante el avance de Ciro?, ¿hasta qué punto influyó el resentimiento del clero y los sectores involucrados? Parece obvio que existe una oposición clara entre el clero de Marduk y el rey, ¿o entre una facción de la corte y un rey usurpador que ni siquiera es babilonio de origen?, ¿qué pleitesía va a rendir a Marduk, en tal caso? Por otro lado, es posible observar en estos dos fenómenos religiosos paralelos el recurrente empleo de la esfera divina en la política como elemento legitimador de las distintas facciones o causas políticas. Es obvio que Hammurabi tiene el apoyo religioso de un clero que ya tiene cierta antigüedad y poder, lo cual sustenta ideológicamente su reinado y la fulgurante ascensión de Babilonia. Nabónido se ve en la encrucijada de la fe y del poder: no dudamos de su piedad, pero también consideramos que existieron motivaciones ajenas a lo religioso para tal comportamiento.

A pesar de la abundante bibliografía a nuestro alcance, no llegamos a estar seguros de las respuestas. Por tanto, nuestro tema, aunque a primera vista parezca manido, no solo no lo es, sino que aún tiene muchas posibilidades de estudio.